

Detrás del telón

Memorias de Chicho Gordillo y Rosa de Alba

Biografías autorizadas
escritas por
Consuelo García del Cid Guerra



éride ediciones

Extraños en la noche

—¿Te acuerdas de Chicho Gordillo?...

—No —respondí con cierta sequedad.

—Es un artista que...

—No puedo recordarle porque nunca le olvidé. Se recuerda lo que de una forma u otra acabamos olvidando, y Chicho Gordillo no es fácil de olvidar, ni siquiera de obviar. Claro que sé quién es, cualquier español de mi edad lo sabe. Un showmann como pocos, muy señor, serio, el mejor imitador de Sinatra.

—Estuvo hace poco en Madrid y piensa en su biografía...

—¿Eso va por mí?

—Pues sí, había pensado en ti precisamente. Le he dado tus datos a su mujer, Rosa de Alba. Ella contactará contigo.

No pregunté mucho más. Anduve largo rato por la calle Alcalá, apurando mis últimas horas en Madrid. Atardecía lentamente y en aquellos momentos no tenía otro nombre en la memoria que el de Chicho Gordillo. *Extraños en la noche*, repetía, como si la canción fuera suya, y en realidad, ya pasado casi un año, tengo la sensación de que lo

es, de que le pertenece por completo. Pensaba en los cómicos, los humoristas, los imitadores, los ventrílocuos, los showman, el mundo del espectáculo... intenté memorizar los nombres de algunos a los que había visto actuar en directo, todos tan sumamente distintos, mientras palpaba mi billete de avión en el interior del bolso. Aquella misma noche, de vuelta a casa, mantuve la primera conversación con Rosa de Alba a través de Skype. La voz serena de una mujer serena, educadísima, y más tarde la de Chicho. Portante, la única verdaderamente *extraña en la noche*, al principio era yo.

Chicho se encontraba aquejado de un molesto herpes que le impedía incluso hablar con normalidad, por lo que las conversaciones con su mujer, Rosa de Alba, me acercaban lentamente a la vida de su marido mientras que yo me sentía cada vez más interesada y cercana a la existencia de Rosa. Pasarían meses hasta que pudiera hablar con él, sin embargo, la cita nocturna con ella se hizo sagrada. Hablábamos de todo lo divino y humano. De política, de cine, de arte... nuestras posturas, prácticamente similares, nos acercaban más y más con los días. Rosa, la actriz de *habla, mudita*, maestra de ceremonias, magnífica relaciones públicas, directora de la emblemática *Poupée*, relacionada con lo más alto del gobierno Suárez, perteneciente al famoso clan de los avulenses... Se dice que detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer y doy fe de que en este caso es cierto. Me resultaba

imposible —por esas extrañas cuestiones invertebradas que nacen de los afectos—, imposible, digo, escribir la vida de Chicho sin que también la de Rosa estuviera presente. Ambas de una intensidad latente, interesantes por demás antes, durante y hasta que sus caminos se cruzaron casi en el crepúsculo de una espléndida madurez y con mucho por vivir.

Como acostumbra a suceder al principio, sus vidas quedarían en manos de una completa desconocida, partiendo de ese primer tirón con forma de cordón umbilical que siempre se resiste a ser materia escrita. Las fechas son lo de menos, el día en que uno nace o muere no es más que un paréntesis numérico escueto que permanece en los recordatorios casi a modo puramente informativo. Arrancar lo íntimo, soltar todo lo que uno lleva dentro agitando la memoria no es tarea fácil. Con Chicho me costó mucho. Es un hombre bueno con poco o casi nada que ocultar, ajeno al típico personaje del mundo del espectáculo, sin escándalos, cuentas pendientes o celos profesionales de nadie. Sano, honesto, sencillo y con un carisma único. No he conocido una sola persona que hable mal de él, y es que no se puede ni queriendo, va de frente en todo momento y le ha acompañado siempre una extraordinaria seguridad en sí mismo que resulta envidiable. Tras casi medio siglo en España ha regresado a su tierra, Lima.

—Vas a tener que ayudarme, yo es que es la primera vez que hago esto... —dijo—. Nos reímos Rosa y yo, casi al unísono: Es que esto solo se hace una vez en la vida —respondió ella—. Y como termina la famosa canción, la cosa *resultó bastante bien para unos extraños en la noche*, aunque a estas alturas tengo la sensación de que tal vez fuera Sinatra quien imitó siempre a Chicho.